

Introducción

Vivimos una época de terror, en concreto de terror al cambio climático. Hay una imagen que, en mi opinión, resume bien estos tiempos: una niña sosteniendo un cartel en el que se lee

USTED MORIRÁ DE VIEJO YO MORIRÉ DE CAMBIO CLIMÁTICO

Este es el mensaje que nos están inculcando los medios de comunicación: el cambio climático está destruyendo el planeta y amenaza con matarnos a todos. Es un lenguaje apocalíptico. Las noticias hablan de la «incineración inminente del planeta», y los analistas insinúan que el calentamiento global podría conducir a la extinción de la humanidad en unas pocas décadas. En los últimos tiempos, los medios han informado de que a la humanidad solo le queda una década para rescatar el planeta, lo que convierte 2030 en la fecha límite para salvar la civilización. Así que hay que emprender una remodelación radical de las grandes economías para acabar con el empleo de combustibles fósiles, reducir las emisiones de carbono a cero y crear una estructura completamente renovable para toda la actividad económica.¹

¹ Las noticias hablan de: Roberts, 2019; incineración inminente del planeta: Hodgetts, 2019; en los últimos tiempos, los medios: Holthaus, 2018; Climate Nexus, 2018.

Los niños viven con miedo y se concentran en las calles para protestar. Los activistas acordonan ciudades y aeropuertos para concienciar a todos de que la población del planeta va camino de «la masacre, la muerte y la inanición».²

Hay libros influyentes que refuerzan esta visión. En 2017, el periodista David Wallace-Wells escribió para la revista *New York* una descripción prolija y aterradora de los efectos del calentamiento global. Aunque el artículo recibió críticas de científicos por exagerado y engañoso, Wallace-Wells publicó el mismo alegato en forma de libro con el título *El planeta inhóspito*³ y se convirtió en gran éxito de ventas. El volumen se regodea en un alarmismo descarado: «Es peor, mucho peor, de lo que usted cree». De igual manera, en 2019 Bill McKibben advirtió en su obra titulada *Falter* que el calentamiento global es la mayor amenaza para la civilización humana, peor incluso que una guerra nuclear. Podría acabar con la humanidad no con una explosión, sino «con el bullir de un océano creciente». Cualquier estantería se resentiría bajo el peso de la cantidad de libros recientes que se han publicado con títulos y mensajes deliberadamente aterradores: *Field Notes from a Catastrophe: Man, Nature, and Climate Change* ('Notas de campo de una catástrofe: el hombre, la naturaleza y el cambio climático'); *Storms of My Grandchildren: The Truth About the Coming Climate Catastrophe and Our Last Chance to Save Humanity* ('Las tormentas de mis nietos: la verdad sobre la catástrofe climática que se avecina y nuestra última oportunidad para salvar la humanidad'); *The Great Derangement: Climate Change and the Unthinkable* ('El gran desvarío: el cambio climático y lo impensable'); y *This Is the Way the World Ends: How Droughts and Dieoffs, Heat Waves and Hurricanes Are Converging on America* ('Así se acaba el mundo: cómo convergen en Estados Unidos sequías y masacres, olas de calor y huracanes').⁴

² Los activistas acordonan: Extinction Rebellion, 2019; «la masacre, la muerte y la inanición»: Climate Feedback, 2019b.

³ David Wallace-Wells: *The Uninhabitable Earth*. (Versión en castellano: *El planeta inhóspito: la vida después del calentamiento*; Barcelona: Debate, 2019; trad. de Marcos Pérez Sánchez). (N. de la T.)

⁴ En 2017, el periodista: Wallace-Wells, 2017; Aunque el artículo: Climate Feedback, 2017, y Wallace-Wells, 2019a; Podría acabar: McKibben, 2019b. *Field Notes from*: Kolbert, 2006; *Storms of My*: Hansen, 2011b; *The Great Derangement*: Ghosh, 2017; *This Is the*: Nesbit, 2019.

Los medios de comunicación refuerzan el discurso exagerado dando mucha cancha a los defensores del medio ambiente y participando de su activismo. El *New York Times* alerta de que «en todo el mundo el cambio climático se está produciendo más rápido de lo que predijeron los científicos». La portada de la revista *Time* proclama: «Preocúpese. Preocúpese mucho». El periódico británico *The Guardian* ha ido más allá y ha actualizado sus normas de estilo para que los periodistas empleen las expresiones «emergencia climática», «crisis climática» o «colapso climático». El editor del periódico considera que «cambio climático» no es lo bastante aterrador porque, según argumenta, «suena más bien pasivo y ligero, cuando en realidad los científicos hablan de una catástrofe para la humanidad».⁵

No es de extrañar que la mayoría de nosotros esté muy preocupada como resultado de todo esto. Una encuesta realizada en 2016 reveló que en países tan dispares como Emiratos Árabes Unidos y Dinamarca, la mayoría de la población cree que el mundo va a peor en lugar de ir a mejor. Es sorprendente que en Reino Unido y Estados Unidos, dos de los países más prósperos del planeta, el 65% de las personas contemple el futuro con pesimismo. Una encuesta de 2019 mostró que casi la mitad de la población mundial considera probable que el cambio climático acabe con la especie humana. En Estados Unidos, cuatro de cada diez habitantes creen que el calentamiento global conducirá a la extinción de la humanidad.⁶

Este clima de terror tiene consecuencias reales. Así, por ejemplo, la gente está tomando la decisión de no traer hijos al mundo. Una mujer le dijo a un periodista: «Sé que el ser humano está programado para procrear, pero mi instinto me dicta ahora proteger a mis hijos de los horrores del futuro no trayéndolos al mundo». Los medios de comunicación refuerzan esta decisión; la revista *The Nation* pregunta: «¿Cómo se decide una persona a tener un bebé cuando el cambio climático está transformando la vida en la Tierra?».⁷

Si los adultos están absurdamente preocupados, los niños están aterrorizados. Una encuesta del *Washington Post* de 2019 puso de manifiesto que el 57% de los jóvenes estadounidenses entre trece y die-

⁵ «En todo el mundo»: Oreskes, 2015; «Preocúpese...»: *Time*, 2006; El periódico británico: *The Guardian*, 2016; «suena más bien pasivo...»: Carrington, 2019.

⁶ En Reino Unido: Dahlgreen, 2016; En Estados Unidos: M. Smith, 2019.

⁷ «Sé que...»: Astor, 2018; «¿Cómo se...»: Ostrander, 2016.

cisiete años tiene miedo por el cambio climático, el 52% está enojado y el 42% se siente culpable. Un estudio académico de 2012 con niños de diez a doce años de tres escuelas de Denver reveló que el 82% manifestaba temor, tristeza y enfado al hablar sobre sus emociones en relación con el medio ambiente, y la mayoría de ellos compartía visiones apocalípticas sobre el futuro del planeta. Es muy esclarecedor que para el 70% de esos niños, la televisión, las noticias y las películas fueran fundamentales para que se formaran esas opiniones espantosas. Miguel, de diez años, dice sobre el futuro:

Dejará de haber muchos países por culpa del calentamiento global, porque he oído en Discovery Channel y en canales de ciencia que en tres años el mundo podría inundarse porque hará demasiado calor.

Si estos resultados fueran extensibles a todo el país, tendríamos más de diez millones de niños estadounidenses aterrorizados por el cambio climático.⁸

Como consecuencia de este miedo, hay niños en todo el mundo que están dejando de asistir a la escuela para protestar contra el calentamiento global. ¿Para qué ir a clase si el mundo se va a acabar pronto? Hace poco una alumna danesa de primer curso preguntó muy seria a su profesor: «¿Qué vamos a hacer cuando se acabe el mundo? ¿Dónde vamos a ir? ¿A los tejados?». En internet hay gran cantidad de indicaciones y guías para padres con títulos como *Ser padres en un mundo que se precipita hacia la catástrofe* y *Tener hijos en el fin del mundo*. Y así, representando el verdadero pavor que siente su generación, una niña sostiene un cartel en el que se lee «Yo moriré de cambio climático».⁹

Llevo dos décadas participando en el debate mundial sobre políticas contra el cambio climático, desde que escribí *El ecologista*

⁸ Una encuesta del *Washington Post* de 2019: Kaplan y Guskin, 2019; Un estudio académico de 2012: Strife, 2012.

⁹ Hace poco una alumna: Henriksen, 2019; En internet hay gran: Berrigan, 2019; *Tener hijos...*: Braverman, 2019.

escéptico.¹⁰ Durante todo este tiempo he defendido que el cambio climático es un problema real. En contra de lo que circula por ahí, las conclusiones básicas sobre el clima han mantenido una coherencia notable a lo largo de los últimos veinte años. La comunidad científica está de acuerdo en que el calentamiento global se debe sobre todo a la acción humana, y la repercusión que se prevé que tendrá en el aumento de la temperatura y del nivel del mar apenas ha variado.¹¹

La reacción política ante la realidad del cambio climático siempre ha sido errada, algo que también vengo señalando desde hace décadas. He defendido y sigo defendiendo que hay formas más inteligentes de afrontar el calentamiento global que el enfoque actual. Pero el discurso que me rodea ha experimentado un cambio radical en los últimos años. La retórica sobre el cambio climático es cada vez más extrema y está menos aferrada a la ciencia real. En los últimos veinte años, los especialistas del clima han ampliado de manera exhaustiva los conocimientos sobre el cambio climático, y cada vez tenemos más datos, y más fiables, que nunca. Pero, al mismo tiempo, el lenguaje de los analistas y los medios de comunicación se ha ido volviendo más irracional.

La ciencia revela que el temor a un apocalipsis climático es infundado. El calentamiento global es real, pero no es el fin del mundo. Es un problema manejable. En cambio, ahora vivimos en un mundo en el que casi la mitad de la población cree que el cambio climático extinguirá a la humanidad. Esto ha alterado profundamente la realidad política. Nos empuja a redoblar unas políticas climáticas deficientes. Nos insta a ignorar cada vez más el resto de desafíos que tenemos por delante, desde las pandemias y la escasez de alimentos hasta las pugnas y conflictos políticos, o a diluirlos todos bajo el estandarte del cambio climático.

Esta obsesión centrada en el cambio climático implica que hemos pasado de malgastar miles de millones de dólares en políticas inefi-

¹⁰ Bjorn Lomborg: *The Skeptical Environmentalist*. (Versión en castellano: *El ecologista escéptico*; Barcelona: Espasa, 2003; trad. de Jesús Fabregat Carrascosa). (N. de la T.)

¹¹ *El ecologista escéptico*: Lomborg, 2001; La comunidad científica está de acuerdo en que: En realidad, las estimaciones del impacto total que ejercerá el cambio climático, el llamado coste social del carbono, han ido disminuyendo, no aumentando, desde 1996 hasta hoy, lo que sugiere que se espera que los daños sean menores, no mayores (Tol, 2018, 14).

caces a malgastar billones. Al mismo tiempo, nos estamos olvidando cada vez más de los retos más urgentes y mucho más remediabiles del mundo. Y estamos aterrorizando a los niños y a los adultos, lo que no solo es un error ajeno a la realidad, sino también algo muy reprochable desde un punto de vista moral.

Si no decimos basta, es probable que la falsa alarma climática actual acabe dejando el mundo mucho peor de lo que podría llegar a estar, a pesar de las buenas intenciones. Por eso he escrito este libro. Hay que dejar a un lado el pánico, volver la vista hacia la ciencia, mirar de frente a la economía y abordar el problema con racionalidad. ¿Cómo se resuelve el cambio climático y cómo se prioriza frente a todo el resto de problemas que aquejan al mundo?

El cambio climático es real; se debe sobre todo a las emisiones de carbono procedentes de la quema de combustibles fósiles, y debemos resolverlo con inteligencia. Pero para ello hay que dejar de exagerar, dejar de decir que es una cuestión de ahora o nunca, y dejar de pensar que el clima es lo único que importa. Muchos activistas del clima van más allá de lo que sostiene la ciencia. Insinúan de forma implícita, o incluso explícita, que la exageración es aceptable porque la causa es trascendental. Cuando un informe científico sobre el clima de la ONU despertó afirmaciones extremas en 2019 entre los activistas, uno de sus autores científicos alertó sobre los peligros de la exageración y escribió: «Corremos el riesgo de que la opinión pública desconecte si usamos un discurso extremista que no encuentra un respaldo escrupuloso en la ciencia». Tiene razón. Pero la repercusión de las declaraciones hiperbólicas sobre el clima es mucho mayor.¹²

Dicen que hay que tomar todas las medidas de inmediato. La creencia popular, repetida hasta la saciedad en los medios de comunicación, es que solo tenemos hasta 2030 para resolver el problema del cambio climático. ¡Esto es lo que nos dice la ciencia!¹³

Pero lo cierto es que eso no lo dice la ciencia, sino la política. Ese límite temporal salió de una pregunta muy concreta e hipotética que

¹² El cambio climático es: En este libro utilizaré indistintamente las expresiones «cambio climático» y «calentamiento global», aunque «cambio climático» tiene un significado algo más amplio; «Corremos el riesgo de que la...»: J. Smith, 2019.

¹³ Esto es lo que: J. Watts, 2018.

formularon los políticos a los científicos: ¿qué habría que hacer en esencia para mantener el cambio climático por debajo de un límite casi inalcanzable? No es de extrañar que los científicos respondieran que sería casi imposible conseguirlo, y que para acercarse a ese objetivo habría que lograr cambios inmensos en todos los ámbitos de la sociedad desde entonces hasta 2030.

Imagine un debate similar sobre los fallecimientos provocados por accidentes de tráfico. En Estados Unidos mueren cada año cuarenta mil personas por esta causa. Si los políticos preguntaran a los científicos cómo alcanzar el objetivo casi imposible de reducir el número de muertes a cero, una buena respuesta sería fijar el límite de velocidad a nivel nacional en 5 kilómetros por hora. Así no moriría nadie. Sin embargo, no es que la ciencia reclame la imposición generalizada de ese límite de velocidad; tan solo informa de que una manera sencilla de conseguir que no haya ni una sola muerte en carretera consiste en limitar la velocidad a 5 kilómetros por hora en todas partes y en exigir su cumplimiento estricto. Sin embargo, la decisión política que nos rige a todos es aquella que persigue un equilibrio entre el límite de velocidad y la movilidad de la sociedad.¹⁴

Hoy en día estamos tan concentrados en el cambio climático que muchos de los desafíos mundiales, regionales y hasta personales se han fundido casi por completo con el problema del clima. Mi casa corre el riesgo de inundarse: ¡cambio climático! Mi localidad sufre la amenaza de un huracán: ¡cambio climático! La población se muere de hambre en el mundo en vías de desarrollo: ¡cambio climático! Si casi todos los problemas se asocian con el clima, la solución aparente es la reducción drástica de las emisiones de dióxido de carbono para atenuar el cambio climático. Pero ¿de verdad es esta la mejor manera de ayudar?

Si queremos contribuir a que los residentes en las vegas del Misisipi corran menos riesgo de sufrir inundaciones, hay otras políticas más eficaces, más rápidas y más baratas que reducir las emisiones de dióxido de carbono. Podrían incluir una gestión mejor del agua, la construcción de diques más altos y una normativa más estricta

¹⁴ En Estados Unidos: National Safety Council, 2019; Si los políticos preguntaran: Curiosamente, la primera muerte de tráfico del mundo se produjo a 6 kilómetros por hora, por eso sería mejor fijar ese límite en 5 kilómetros por hora (Guinness, 2019).

que permita la anegación de algunas llanuras para evitar o aliviar las inundaciones en otros lugares. Si queremos contribuir a reducir el hambre en las regiones en vías de desarrollo, es casi tragicómico centrarse en la reducción del dióxido de carbono, cuando el acceso a mejores variedades de cultivos, más fertilizantes, al mercado y a oportunidades en general para salir de la pobreza ayudaría mucho más a esas personas, más rápido y a un coste menor. Si insistimos en apelar al clima para todo, a menudo ayudaremos al mundo de una de las formas menos eficaces posibles.

No estamos al borde de una extinción. En realidad, estamos casi en la situación opuesta. La retórica de la catástrofe inminente contradice un detalle absolutamente esencial: en casi todos los aspectos que se pueden medir, vivimos mejor ahora en la Tierra que en cualquier otro momento de la historia.

Desde el año 1900 se ha duplicado la esperanza de vida. En 1900, el promedio de vida ascendía a tan solo treinta y tres años; hoy supera los setenta y uno. Este incremento ha sido más espectacular en las comunidades más desfavorecidas del mundo. Entre 1990 y 2015, el porcentaje de la población mundial que hace sus necesidades al aire libre se redujo del 30% al 15%. La desigualdad en atención sanitaria ha disminuido mucho. El mundo está más alfabetizado, el trabajo infantil ha descendido, estamos viviendo uno de los periodos más pacíficos de la historia. El planeta también se está volviendo más saludable. En el último medio siglo hemos reducido considerablemente la contaminación del aire en espacios interiores, que antes era la mayor causa de muerte por contaminación ambiental. En 1990 se le atribuyó más del 8% de los fallecimientos; ahora esa cifra se ha reducido casi a la mitad, al 4,7%, lo que significa que cada año sobreviven 1,2 millones de personas que en las condiciones de antes habrían muerto. El mayor rendimiento agrícola y el cambio de actitud ante el medio ambiente han favorecido que los países ricos preserven los bosques y reforesten cada vez más. Y desde 1990, 2.600 millones de personas más tuvieron mejor acceso a fuentes de agua, lo que eleva el total mundial al 91%.¹⁵

¹⁵ En 1900, el: Roser, 2019a; El mundo está: Roser y Ortiz-Ospina, 2019b, Ortiz-Ospina y Roser, 2019; Roser, 2019b; Entre 1990 y: H. Ritchie y Roser, 2019b. En 1990:

Muchos de estos avances se han producido porque nos hemos enriquecido, a un nivel individual y nacional. En los últimos treinta años, la renta media mundial por persona casi se ha duplicado. Esto ha supuesto una reducción drástica de la pobreza. En 1990, casi cuatro de cada diez personas del planeta eran pobres. En la actualidad esta cifra se sitúa en menos de una persona de cada diez. La riqueza nos permite vivir mejor y más tiempo. Tenemos menos contaminación ambiental en espacios interiores. Los gobiernos prestan mayor atención sanitaria, ofrecen más protección y promulgan leyes y normativas más estrictas en relación con el medio ambiente y la contaminación.¹⁶

Lo más importante es que el progreso no ha terminado. El mundo ha experimentado una transformación radical para mejor en el último siglo, y seguirá avanzando en esa dirección en los próximos cien años. El análisis de los expertos evidencia que lo más probable es que en el futuro estemos mucho mucho mejor. Investigadores que trabajan para la ONU señalan que en el año 2100 los ingresos medios habrán aumentado hasta alcanzar tal vez el 450% de los ingresos actuales. La esperanza de vida seguirá subiendo, hasta los ochenta y dos años o quizá más allá de los cien. A medida que crezca la riqueza de los países y de los individuos, la contaminación atmosférica se reducirá aún más.¹⁷

El cambio climático tendrá un impacto global negativo en el mundo, pero sus efectos palidecerán en comparación con todos los beneficios que hemos presenciado hasta ahora y que seguiremos viendo en el siglo venidero. La mejor investigación actual revela que el coste del cambio climático a finales de este siglo en caso de no hacer nada rondará el 3,6% del PIB mundial. Esto incluye todos sus efectos negativos; no solo los costes de las tempestades más intensas, sino también el coste del aumento de fallecimientos por olas de calor y la pérdida de humedales por la subida del nivel del mar. Esto implica que en

Institute for Health Metrics and Evaluation, 2019; El mayor rendimiento agrícola: Ewers, 2006; Y desde 1990: Organización Mundial de la Salud, UNICEF y Programa Conjunto OMS/UNICEF para el Seguimiento del Abastecimiento de Agua e Higiene, 2015, 7f.

¹⁶ En los últimos años: Banco Mundial, 2019c; En la actualidad: Roser y Ortiz-Ospina, 2019a.

¹⁷ Investigadores que trabajan para: De acuerdo con la media prevista por la ONU, de la cual hablaremos más adelante (IIASA, 2018); La esperanza de vida seguirá: Naciones Unidas, 2019b; Lutz, Butz y KC, 2014, 247.

lugar de que los ingresos crezcan hasta el 450% en 2100, podrían aumentar «tan solo» un 434%. Es evidente que supondrá un problema. Pero también está claro que no será una catástrofe. Tal y como lo expresó el propio comité de expertos climáticos de la ONU:¹⁸

Para la mayoría de los sectores económicos, *el impacto del cambio climático será reducido en relación con la repercusión de otros factores* [como] los cambios en cuanto a demografía, edad, ingresos, tecnología, precios relativos, hábitos de vida, normativa, la gobernanza y muchos otros aspectos del desarrollo socioeconómico [las cursivas son mías].¹⁹

Esta es la información que deberíamos trasladar a nuestros hijos. Lo cierto es que la niña que sujeta el cartel «Yo moriré de cambio climático» no morirá de eso. Es muy probable que tenga una vida más larga y próspera que sus padres o sus abuelos, y que se vea menos afectada por la contaminación o la pobreza.

Pero con el alarmismo que envuelve al cambio climático, la mayoría de la población no oye las buenas noticias. Y, como pensamos que el cambio climático es un desafío mucho mayor de lo que es en realidad, numerosos países gastan cada vez más en combatirlo, y lo hacen de un modo cada vez menos sensato. Los datos revelan que a nivel mundial se destinan más de 400.000 millones de dólares anuales a revertir el cambio climático mediante inversiones en energías renovables, subvenciones y pérdida de crecimiento.²⁰

Es probable que el gasto siga aumentando. El Acuerdo de París de 2015 sobre el cambio climático, el pacto más caro de la historia de la humanidad y apoyado por 194 firmantes, probablemente supondrá gastos de entre 1 y 2 billones de dólares al año en 2030. Como cada vez son más los países que se comprometen a alcanzar la cifra de cero emisiones de carbono a lo largo de las próximas décadas, estos costes

¹⁸ La mejor investigación: W. Nordhaus, 2018.

¹⁹ Para la mayoría de los sectores: IPCC, 2014c, 662.

²⁰ Los datos revelan que: Este es un cálculo muy a la baja, ya que solo las subvenciones mundiales destinadas a energías renovables alcanzarán los 176.000 millones de dólares en 2020 (IEA, 2018, 256), y la política climática de la UE costará de media entre el 1 y el 2,2% del PIB, o entre 192.000 y 408.000 millones de dólares al año en 2020 (Bohringer, Rutherford y Tol, 2009).

podrían dispararse hasta decenas de billones de dólares anuales en los próximos años.²¹

Cualquier medida para contrarrestar el cambio climático costará dinero (si resolver el problema arrojara ganancias, no habría ninguna controversia y ya lo estaríamos haciendo). Si hubiera alguna medida política relativamente barata capaz de solucionar la mayor parte del problema, tal vez fuera un dinero bien empleado. Pero la realidad es que, en el mejor de los casos, el Acuerdo de París solo conseguirá el 1% de lo que los políticos han prometido (limitar el aumento de la temperatura a 1,5 °C), y a un coste inmenso. Se trata, simple y llanamente, de un mal negocio para el mundo.²²

Además, es poco probable que el Acuerdo de París, o cualquier otra iniciativa climática tremendamente cara, resulte sostenible. Aunque el cambio climático preocupa a muchas personas, la mayoría no está dispuesta a gastar gran parte de su dinero en resolver el problema. La población mundial afirma que aceptaría pagar entre 100 y 200 dólares al año para remediar el cambio climático. Una encuesta del *Washington Post* de 2019 puso de manifiesto que, aunque más de tres cuartas partes de los estadounidenses piensan que el cambio climático supone una crisis o un problema grave, la mayoría no se mostró dispuesta a gastar ni siquiera 24 dólares al año para solucionarlo. Sin embargo, las políticas que se suelen proponer costarán muchos miles o incluso decenas de miles de dólares por persona al año.²³

Cuando luchar contra el cambio climático se convierta en una empresa demasiado cara, la gente dejará de votar a su favor. Los votantes ya han empezado a rebelarse contra las políticas medioambientales que encarecen el coste de la energía: en Francia, esto se ha traducido en el movimiento de los «chalecos amarillos», y en Estados Unidos, Brasil, Australia y Filipinas, en la elección de dirigentes políticos que hacen campaña contra las medidas para paliar el cambio climático. Esta es una de las razones por las que una actuación menos ambiciosa frente al cambio climático podría resultar más eficaz, ya que el elec-

²¹ El Acuerdo de París: Lomborg, 2020.

²² Pero la realidad es: Lomborg, 2020.

²³ La población mundial: Kotchen, Turk y Leiserowitz, 2017; Jenkins, 2014; Duan, Yan-Li y Yan, 2014; Una encuesta del *Washington Post*: Dennis, Mufson y Clement, 2019.

torado no reaccionará contra ella. Las políticas deben ser constantes para tener eficacia a largo plazo, y si los costes de las medidas climáticas son tan elevados que los ciudadanos se vuelven sistemáticamente en contra de los gobiernos que las promueven, será difícil lograr un cambio significativo.

Una de las grandes ironías del activismo actual contra el cambio climático es que muchos de los defensores más acérrimos de este movimiento también se declaran horrorizados ante la desigualdad económica a escala mundial. Sin embargo, no reparan en que los costes de las políticas que tanto reclaman recaerán de una manera desproporcionada sobre los más pobres del mundo. Esto se debe a que gran parte de las medidas propuestas para resolver el cambio climático consiste en limitar el acceso a una energía barata.

Cuando la energía se encarece, todos acabamos pagando más para calentar la casa. Pero, como los pobres destinan a la energía una parte mayor de sus ingresos, cualquier aumento de precio los afectará más. Se calcula que en el mundo rico ya hay doscientos millones de personas que padecen pobreza energética, lo que significa que la energía se lleva una décima parte o más de sus ingresos. Así que, o bien usan menos energía, o bien recortan gastos en otras cosas. Pero la pobreza energética no solo supone un coste adicional para los más vulnerables, sino que también les cambia la vida. Por ejemplo, la pobreza energética implica que las personas mayores más pobres no se pueden permitir el lujo de calentar su hogar de forma adecuada, lo que las obliga a permanecer más tiempo en la cama para evitar el frío. Las elites solo destinan una pequeña parte de sus grandes ingresos a pagar la energía, por lo que incluso un incremento drástico del precio les supone mucho menos. Por eso es más fácil que los ricos defiendan unos impuestos energéticos elevados. De hecho, los incentivos económicos que ofrecen las políticas climáticas actuales (como subvencionar a un propietario por instalar un panel solar o aislar una casa, o por conducir un Tesla) van a parar en su inmensa mayoría a la población más rica.²⁴

²⁴ Se calcula que: IEA, 2017; Por ejemplo, la pobreza: *Belfast Telegraph*, 2014; De hecho, los incentivos: Borenstein y Davis, 2015.